

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

LA CRUZ (*).

I.

LA CRUZ! Veinte siglos hace que esta palabra, en cualquier idioma fuese pronunciada, no podia salir de los labios sin producir un estremecimiento en el corazon. Todas las ideas que escitaba eran igualmente fúnebres y repugnantes. A manera de las tétricas sombras, que segun las creencias vulgares evoca en punto de media noche la poderosa voz de un conjuro, alzábanse y desfilaban por delante de la imaginacion el odioso crimen ó la suprema desdicha, el duradero tormento y la perpétua infamia, el desnaturalizado verdugo y la desesperada muerte. ¿Qué era la cruz? El lugar maldecido en que la sociedad ultrajada exigia la espiacion mas tremenda, ó en que la venganza con entrañas de piedra saboreaba sus mas brutales delicias: un puesto elevado en que de repente se convertia en blanco de todos los insultos el que tal vez lo habia sido de todos los respetos: un suplicio horrible como los que inventara la crueldad refinada de los persas, como los que adoptara la civilizacion imitadora de los romanos, como los que practicaba la justicia sanguinaria de la edad media.

Erízanse los cabellos, horripílanse las carnes del que, espectador en espíritu de los bárbaros suplicios que refiere la historia, con-

sidera hasta qué punto ha podido llegar el instinto del tigre, inculado en el pensamiento del hombre. Cada region tiene su patíbulo favorito: cada generacion sus víctimas horriblemente atormentadas. En Oriente oimos repetirse por horas y hasta por dias los incesantes gritos con que pide un sorbo de agua el miserable empalado: en el Norte americano hiélanos de espanto el estúpido silencio con que el indio vencido se resigna á que el vencedor le arranque la piel del cráneo juntamente con la cabellera. La civilizacion pagana, enriquecida con la variedad inmensa de suplicios, nos asombra por lo fecundo de la atrocidad: y en sociedades ya civilizadas por el cristianismo se hace tan incomprensible como indudable la atrocidad de los ajusticiamientos. Las tenazas ardientes, la horca, la rueda precedieron á la época de la moderna filosofía, y esta levantó, como por bandera suya, un incansable instrumento de muerte: lo levantó y puso en alto para que fuese visto de tantos espectadores á quienes ocultamente llamaba á sí con su pavoroso magnetismo; lo levantó para que descollase en medio de las orgías revolucionarias, de los rencores de partido y del hervor de las pasiones políticas, que fermentaban como la sangre corrompida, hecha ya lodo con el polvo de la plaza.

Tal era el género de horror, y la clase de espectáculo, y el linage de tormentos que revelaba la cruz. Esta manera de ajusticiar al delincuente, ó de infligir la muerte al misera-

(*) Para dar cabida á los tres artículos siguientes, mas propios de las solemnidades religiosas de los próximos dias, se interrumpe la serie de los que publicamos sobre el interés como principio social.

ble y al vencido, oculta su origen entre las sombras de los tiempos primitivos. La historia desconoce al inventor de este género de muerte, que debía producir en adelante la mas grandiosa, la mas admirable, la mas completa de las revoluciones históricas. El libro que á todos escede en antigüedad menciona el suplicio de la cruz anunciado por Josef al repostero de Faraon, indicando así que estaba ya en uso entre los egipcios, quienes podian haberlo tomado hasta del pueblo mas inculto y salvaje, puesto que ni las observaciones fisiológicas ni los conocimientos mecánicos habian sido necesarios para su descubrimiento. Bastaba un mal corazon para concebir tal idea. El tronco de un árbol partido en dos ramas que se estendian en direccion opuesta, debió de ser sin duda el primer tipo de la cruz, que la naturaleza misma presentaba á los ojos y á la malicia del hombre: el vocablo hebreo que se toma en este sentido, y la espresion metafórica que el lenguaje de la Iglesia le ha consagrado, vienen al apoyo de esta congetura. La cruz, patíbulo natural que brotaba en las florestas, multiplicábase á la vista de las hordas nómadas y guerreras para servir á sus instintos de justicia ó de venganza: la cruz, armazon construida por el arte, levantóse despues en las populosas ciudades para servir de sosten á la ley ó á la tiranía, para ser el término de la rebelion ó del infortunio, para infundir terror á los oprimidos y á los criminales. Los scitas y los asirios, los persas y los griegos, los fenicios y los cartagineses no solamente vieron suspendidos en ella á miserables siervos y oscuros malhechores, sino tambien á víctimas ilustres que habian brillado con todos los resplandores de la fortuna, que se habian sentado en el consejo de sus reyes ó conducido sus ejércitos á los campos de batalla. Así pereció tambien la desgraciada posteridad de Saul, entregada por el Señor á la venganza de los Gabaonitas.

Levantados los brazos en alto ó estendidos hácia los contrarios vientos, separados los piés ó sobrepuestos uno al otro, ligadas las estremidades con recios cordeles ó agujerea-

das con agudos clavos, tirantes los nervios como las cuerdas de un instrumento subido de tono, hinchadas las venas, entumecidos los músculos, dislocados los huesos, y gravitando y sin apoyo todo el descoyuntado cuerpo, ¿qué dolor no padecerian los condenados á tan acerbo suplicio? ¿Con qué angustia no llamarian la muerte, su única libertadora, cuya lentitud inexorable se convertia en el mas feroz de todos los verdugos? Y si la sangre manaba en delgado hilo por las aberturas que hicieron los clavos! Y si las carnes se rasgaban con el peso del cuerpo! Y si la befa y el escarnio de la plebe tomaban á risa tan intolerables padecimientos! Y mas horrible aun, si abandonados en el desierto bosque veian revolotear las aves de rapiña, y oian de lejos el ahullido de las fieras, sin que una piadosa Respha estuviese allí para ahuyentar de dia á las primeras y de noche á las segundas: aves y fieras qué pronto debian banquetear con sus carnes vivas ó cebarse en los restos de sus cadáveres corrompidos!

Los romanos, que usaban tambien este suplicio, comprendieron la intensidad de los tormentos que en él se padecian, y derivaron de él la palabra *crucior*, una de las mas enérgicas y significativas de su idioma. Esta sola observacion sirve para demostrar que era la cruz un resumen compendioso de los dolores mas esquisitos, y que en ella se subia á la mayor altura de los humanos padecimientos. Porque no era solamente una larga y rabiosa agonía, sino tambien un género de muerte sobremanera afrentoso. Roma, república de la desigualdad, lo habia reservado para los esclavos, que nivelados segun sus leyes y derecho con los brutos y hasta con los séres inorganizados, retenian únicamente la apariencia, mas no la dignidad humana. *In malam crucem abi*, era espresion familiar del dueño iracundo, que manifestaba con ello lo extremo de su jurisdiccion y lo extremo del desprecio con que miraba á su *cosa*, á su mueble animado. El privilegio de ciudadano romano privó á Pablo, el apóstol de las gentes, del alto privilegio que ennobleció á Pedro, sufriendo el mismo suplicio que su divino maestro.

Condenar un ciudadano romano á la cruz era un atentado tan inaudito, que la fulminante elocuencia de Ciceron no encontraba palabras con que echarlo en rostro á Cayo Verres. ¿Cómo llamarlo, si *parricidio* era poco? Y no era únicamente romana esta idea. Alejandro al frente de sus aguerridos ejércitos se presenta bajo los muros de Tiro, y la opulenta ciudad se niega á abrirle sus puertas: la resistencia prolongada por años, enciende el furor del que se creía igual en poder á los mismos dioses. Piedras, leños, arenas, transforman en calzada lo que era un brazo de mar. Tiro sucumbe, la soldadesca se fatiga con el degüello, y aparecen de súbito levantadas dos mil cruces, á manera de vasto pinar cuyas verdes copas arrancara violento huracan, y en ellas se ven suspendidos los principales tirios, que no merecian ser tratados sino como esclavos rebeldes á juicio del irritado vencedor.

Horrible es la pira del Malabar, en que la viuda espontáneamente se arroja para hacer un alarde espantoso de su predileccion al difunto consorte. El fanatismo indígena no vé mas que la sublimidad del heroismo en la parricida inhumanidad de la costumbre. Horrible era la estatua de bronce ardiente en cuyo seno se derretian las carnes de los niños, cuyos gritos apagaba la pompa de los sacrificios. Cartago ensordecia á sus lamentos, reconociendo la inocencia de las víctimas, y animándose con la esperanza de aplacar la cólera de los dioses. Pero en la cruz nada que atenuase ni el tormento ni la ignominia. Mas aun. No bastaba que el suplicio de la cruz fuese el último escalon de la degradacion humana, que fuese infamado, maldecido, abominado por el hombre; sobre él pesaba tambien el anatema de la cólera divina, segun el testo del Deuteronomio: *Maledictus á Deo est qui pendet in ligno*. Oh amor inmenso del Corde-ro sin mancuerna, que quiso humillarse y hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz! Solo desde tal patíbulo debia alzarse el mas triste, el mas amargo, el mas penetrante de los clamores que se han dirigido al cielo: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

T. AGUILÓ.

CONFERENCIAS CUARESMALES

POR EL PRO. D. JUAN MAURA.

CONFERENCIA CUARTA.

LA FE ESPLICA LOS MISTERIOS MORALES.

Un estudio serio y profundo de cada uno de los dogmas del catolicismo nos hiciera descubrir relaciones tan sorprendentes como inesperadas, y nos conduciría naturalmente á la solucion de muchas y muy graves cuestiones de interés general para el hombre y las sociedades humanas; porque el catolicismo, ha dicho no sé quién, es la ciencia de las grandes soluciones. Pero como no sea posible recorrer en breve tiempo tan inmenso campo, véome en la necesidad de limitarme á los dogmas mas fundamentales de nuestra fe. Creo haberos demostrado en la anterior conferencia que sin Dios no hay verdad posible, ni puede fundarse en base sólida el edificio de los conocimientos humanos; hoy vengo á esponeros algunas reflexiones sobre el pecado original, haciéndoos ver como sin este dogma ni se explica el hombre, ni la sociedad, ni la historia.

Pascal ha dicho: «El pecado original es una locura á los ojos del mundo.... pero semejante locura es mas sabia que toda la sabiduría del hombre. Porque si prescindís del pecado original, ¿sabreis decirme que es el hombre? Todo depende de este punto imperceptible.» (Pascal, *Pensées*.)

La razon se rebela contra este dogma, como se ha rebelado siempre contra los misterios de la fe católica, y nos dice: «¿Cómo el pecado de un individuo puede refluir en toda la especie humana? ¿Cómo la culpabilidad de una falta, que supone siempre un acto personal, puede recaer en los individuos que no tuvieron participacion alguna en aquel acto? ¿No es absurdo y hasta ridículo el hacernos culpables de una falta que se cometió mas ha de seis mil años por un hombre que al fin no era sino un individuo de la gran familia humana?» Como quiera que no sea mi ánimo tratar exclusivamente de este dogma, sino haceros ver como los misterios católicos arrojan luz sobre los puntos mas difíciles y oscuros de la ciencia, me contentaré con responder á estas observaciones con las palabras de un célebre protestante Mr. Guizot, que dicen así: «Se clama contra la injusticia de este dogma, se pregunta como es posible que cada hombre sea responsable de una falta que él no ha cometido, de la falta de otro hombre separado de nosotros por el largo trecho de tantos siglos. A mí me parece que la queja es muy pe-

queña y débil. Lamentaos mas bien de las innumerables desigualdades que existen entre los hombres, así de fortuna como de naturaleza, de cualidades morales como de fuerzas físicas. Lamentaos de la solidaridad de las generaciones sucesivas, y del imperio que las ideas, los actos y la suerte de cada generacion ejercen sobre las ideas, los actos y la suerte de las que la siguen.» (Guizot, *Meditat. sur l'essence &c. vol. I.*) Pudiera añadir, señores, que la trasmision de la culpa original, enseñada por el catolicismo, será tan oscura é incomprensible á nuestra flaca razon como querais; pero que es tanto ó mas inesplicable y misteriosa la naturaleza que á cada paso nos ofrece fenómenos mil de esa trasmision de faltas puramente personales. Es indudable que en el hombre la parte moral ejerce una accion poderosa sobre la física; así es que los desórdenes del espíritu imprimen una huella funesta sobre el cuerpo humano, no siendo raro ver en la frente del lujurioso las precoces arrugas de una vejez anticipada, y mucho menos una naturaleza endeble y raquítica en criaturas inocentes que llevan impreso en su cuerpo el estigma de la brutal incontinencia de los seres envilecidos que los engendraron. El hecho físicamente mirado puede que se explique; pero en el orden moral ¿quién nos dará del mismo una explicacion satisfactoria? Y no solo se trasmite por la generacion lo físico y material, sino que tambien las cualidades morales pasan de padres á hijos por caminos que la Providencia se ha reservado, y que para el hombre son secretos y misteriosos. ¿Y os rebelais contra el dogma del pecado original? ¿Y nos pedís explicaciones de un misterio que con mas ó menos estension se reproduce todos los dias? Ah! ante todo seamos lógicos, ya que nos gloriamos de vivir en el siglo de la razon.

Y como quiera que sea, el individuo y la sociedad son dos hechos inesplicables desde el momento en que prescindís de la fe católica, y la historia del género humano es la historia de todas las contradicciones y absurdos. ¿Sabreis decirme qué es el hombre, señores? Yo descubro en el fondo de su sér dos tendencias opuestas que se repelen mutuamente; descubro un misterio tan profundo, tan oscuro, que si el hombre no fuera un hecho diria que su existencia es de todo punto imposible. Los elementos mas heterogéneos y contradictorios se reunen en su entendimiento formando una mezcla estraña de ignorancia, de verdad y de error; y en su corazon hallan cabida los sentimientos mas nobles y elevados como los instintos mas perversos, la virtud mas sublime como la corrupcion mas depravada. Es capaz

de comprender la verdad y de remontarse sobre las alas del genio á las mas sublimes alturas; pero tampoco es cosa rara verle caer precipitado en los tenebrosos abismos del error ó de la duda. Sabe levantarse hasta Dios y ofrecerle los mas tiernos afectos de la gratitud y del amor; pero á veces se revuelve contra el autor de su existencia, y frenético esclama: «Yo te aborrezco; tú no existes.» Ora le vereis accesible á la desgracia, compasivo, tierno, hasta heróico y sublime con el infortunio; ora duro, inexorable, hasta cruel é inhumano con la indigencia. Es capaz de inmolar su vida en aras del mas puro patriotismo ó del amor á sus semejantes; pero á menudo sacrifica el uno y el otro á la miserable ambicion, al sórdido interés, ó á pasiones mas bajas aun y mas villanas. El mas perfecto está sujeto á debilidades que asombran y entristecen; y momentos hay en que el mas depravado tiene rasgos nobles y á veces sublimes que hieren el corazon y le conmueven.

Ah! señores, decidme ¿cómo explicais el hombre? decidme ¿quién ha organizado ese corazon, que tan presto se abre á las inspiraciones de la virtud, y tan pronto responde á las seducciones del vicio? ¿Es la próvida y benéfica mano de nuestro buen Dios quién ha arrojado en nuestro espíritu esas semillas perniciosas que hacen brotar el mal al lado del bien, la abyeccion y envilecimiento al lado de la virtud mas sublime? Ah! no, decir que de Dios procede el mal, equivale á negar á Dios, á proferir una blasfemia contra la santidad infinita del autor de nuestra existencia. Yo comprendo que Dios al crear al hombre le haya dicho «sé libre; ahí tienes el bien y el mal, elige:» comprendo en una palabra la libertad moral del hombre, pero es para mí un misterio esa libertad viciada que propende al mal antes que al bien, esa libertad débil y enfermiza que en el camino del bien tropieza con mil dificultades y obstáculos que la hacen caer en el mas hondo desfallecimiento, y al lanzarse por los caminos del vicio los recorre con facilidad asombrosa, cual si para este solo fin fuera criada.

¿Y qué diremos si del individuo pasamos á las sociedades? Verdad que estas tienen un lado apacible y risueño, pero en cambio su conjunto nos ofrece las contradicciones mas monstruosas, mas inconcebibles y absurdas. ¿Qué cuadro pudiera trazar un pincel diestro sin temor de que salieran nunca escesivamente recargados los colores! Dejo á un lado las estrañas diferencias de cualidades físicas y morales y demás dones de naturaleza, tan desigualmente repartidos entre los individuos de nuestra

especie, porque al fin ante semejantes desigualdades el hombre no puede sino encogerse de hombros y respetar un misterio que no comprende, pero que tampoco puede negar. Hablo solo de esas perturbaciones sociales, de ese desequilibrio de fuerzas que mantiene en desorden permanente á las sociedades humanas, y que naciendo del fondo mismo de nuestro sér, es uno de los problemas mas intrincados de la ciencia, ó mejor diria, uno de los misterios que mas desconciertan á la razon. Naturalmente buscamos la sociedad de nuestros semejantes; y nuestras necesidades mas imperiosas, nuestros instintos mas irresistibles, y cuanto hay en nosotros de mas natural y espontáneo se dirige á este fin. Con todo esto apenas el hombre se acerca al hombre movido por esa fuerza de atraccion, cuando se desarrolla en ellos una fuerza contraria que los repele. La envidia, el odio, la ambicion y otros mil sentimientos depravados brotan espontaneamente del trato social, é interponiéndose entre individuo é individuo, entre familia y familia, entre nacion y nacion, ofrecen esos cuadros de horror y miseria en que la sociedad aparece como la mayor enemiga del hombre, pues engendra esas pasiones violentas, cuyo hervor no puede calmarse sino con el derramamiento de sangre humana. ¿Quién será capaz de enumerar las víctimas sacrificadas á esa bárbara é inhumana muchedumbre de ídolos, llamados pasiones, que la sociedad misma ha levantado sobre el pedestal?

Yo no niego que el hombre sea social por su naturaleza, pero no sé explicarme esa lucha de sentimientos contrarios que descubro en el fondo de su sér. De una parte busca y apetece la sociedad, y de otra esa misma sociedad despierta en el pecho del hombre las pasiones mas feroces y antisociales; y lo que es peor todavía, estas de ordinario prevalecen y dominan. Abrid la historia ó consultad simplemente la esperiencia, y vereis como las pasiones, no la razon, ordinariamente imperan en las sociedades humanas, produciendo esos desastrosos conflictos que esparcen sobre la tierra las ruinas y desolacion.

¡Oh incrédulos! no comprendo como vosotros que negais la fe católica, osais predicar libertad, igualdad y fraternidad. ¿En qué fundais semejantes teorías? No será ciertamente en la historia, la cual nos ofrece apenas otros ejemplos que despotismo y tiranía de las pasiones, desigualdades sin número naturales y sociales, guerras y esterminio. Si consultais solo la historia, no debeis proclamar libertad, igualdad y fraternidad; sino concluir con Hobbes que la guerra universal, incesante y simultánea es

el estado natural y primitivo del hombre. Y si consultais la naturaleza humana ó la razon, no sé que os puedan responder sino que el hombre es un sér inesplicable, un conjunto de verdad y de error, de vicios y de virtudes; y la sociedad una agrupacion, mas inesplicable todavía, de individuos que naturalmente se atraen y se repelen, se aman y se odian, se ausilian y se destruyen.

Ah! señores, si cierro los ojos á la luz del dogma católico y me guio por mi corta razon, no acierto á comprender el hombre, y mucho menos aun la sociedad y la historia. No se me alcanza por qué mi inteligencia es como uno, cuando la de otros es como ciento; por qué mi naturaleza es endeble, cuando la de otros es robusta y vigorosa; por qué, en fin, tengo que ganar el pan con el sudor de mi rostro, cuando otros viven en el seno de la prosperidad y abundancia. Nada de esto comprendo, nada puedo responder á estas preguntas; y no obstante tengo necesidad de responder á ellas. Porque, señores, cuando el hombre incitado por un vehemente deseo de saber, se dirige una pregunta, la respuesta no puede hacerse esperar; absurda ó verdadera, perturbadora ó pacífica, la respuesta sigue inmediatamente á las preguntas con que el hombre se interroga á sí mismo. Así es que en todos los siglos el hombre ha trabajado en la solucion de aquel difícil problema, y no hay religion alguna que no lo haya resuelto á su manera, ni sistema filosófico antiguo ni moderno que no haya intentado derramar alguna luz sobre un punto tan oscuro; pero si prescindís de la solucion católica, todas las demás no sirven sino para estraviar á la razon metiéndola en inextricable laberinto. La imaginacion de algunos pueblos orientales recurrió al dualismo para explicar el hombre, fingiendo que el mundo está regido por dos genios, el del bien y el del mal, que se han declarado cruda guerra; y de ahí esa lucha perenne que agita al individuo y revuelve y trastorna las sociedades: las demas religiones forjaron con el mismo objeto delirios ridículos y extravagantes que figuran dignamente en las columnas de los diccionarios mitológicos. Y la filosofía antigua, cuando no tuvo valor ó sinceridad bastante para confesar su ignorancia, apeló á la negacion, que es el último refugio del orgullo; negó toda diferencia intrínseca entre el bien y el mal, afirmando que el hombre está sujeto á una fatal y ciega necesidad.

Pero puede decirse que la cuestion no tomó propiamente un carácter serio y grave hasta el siglo XVIII, en que fué planteada de una manera franca y explícita. En aquel siglo la incredulidad, llevando las

negaciones en materia de religion hasta el último extremo, apeló á la razon para resolver todas las grandes cuestiones. Naturalmente tocó el turno á la que nos ocupa, que sin duda es una de las mas graves y espinosas que puedan ofrecerse á la consideracion del hombre. Rousseau fué de los primeros que la abordaron sin ambages: «Los hombres, dice, son malos, y nos dispensa de probarlo una triste y continua esperiencia; sin embargo el hombre es naturalmente bueno, y creo haberlo demostrado. ¿Qué puede pues haberlo depravado hasta tal punto sino los cambios sobrevenidos en la sociedad?» Aquí la cuestion está formulada en términos claros y precisos, y la solucion que debe dársele no puede en este caso ser dudosa. El hombre es malo, el hombre está depravado, ¿quién podrá ponerlo en duda cuando una tristísima esperiencia nos lo enseña? Mas, ¿esta depravacion de dónde se deriva? Aquí no hay sino dos soluciones; ó la solucion católica ó la que nos ofrece la ciencia humana, ó los dogmas de la fe ó los misterios de la razon. Si optais por la segunda, no veo que es lo que pueda oponerse seriamente á la lógica de Rousseau. El hombre es naturalmente bueno, y debe de serlo necesariamente, porque es obra de Dios, á cuya santidad infinita no puede sin blasfemia atribuirse la depravacion humana; esta pues no reconoce otra causa que los cambios sobrevenidos en la sociedad, como se espresa aquel filósofo, lo cual es como si se dijera en otros términos: la constitucion actual de nuestras sociedades está falseada, pues corrompe y degrada al hombre que es naturalmente bueno. Y en semejante suposicion, señores, ¿qué es lo que en buena lógica procede? Rousseau no lo dijo explícitamente, pero lo ha dicho Blanc, lo ha dicho Proudhon y demás socialistas modernos; lo que procede es una reforma radical en las sociedades humanas que haga desaparecer todo lo existente que es malo y viciado; una reforma que borre los privilegios absurdos y odiosos, que elimine la propiedad, y que en una palabra establezca el socialismo. Ya sé, señores, que esta solucion es pésima, y que al extremo de ella se divisa la feroz anarquía y una completa disolucion social; pero es la única solucion lógica que fuera del dogma católico puede ofrecerse á la razon humana, á menos de que no recurramos al materialismo, negando la existencia del espíritu y la realidad del bien y del mal, ó digamos con Hobbes que la guerra incesante y simultánea es el estado natural y primitivo del hombre.

Las soluciones católicas, señores, á pesar de la oscuridad de los misterios, son sencillas y luminosas como la verdad, están en armonía con la razon

y el buen sentido, y á diferencia de las soluciones humanas ruidosas siempre y perturbadoras, ellas son pacíficas y apacibles. El catolicismo nos dice que el hombre salió perfecto de las manos del Criador, salió libre con una libertad noble y santa que no estaba combatida por aviesos instintos, ni menoscabada por esta funesta propension al mal á que tan fácilmente cede la nuestra enferma y enflaquecida. Pero el hombre, como al fin era libre á pesar de los extraordinarios dones con que el cielo le enriqueciera, infringió la ley, y fué tanto mayor su falta cuanto mas extraordinarias eran las luces que adornaban su entendimiento y mas exento estaba de movimientos desordenados su corazon. Esta falta, gravísima en sí y mucho mas grave por las circunstancias que la acompañaban, ocasionó un gran trastorno en la parte moral de nuestro sér y otro no menor en la parte física, desencadenando las pasiones antes dóciles y sumisas, y dejando la libertad espuesta á los rudos embates de tantos sentimientos depravados como abrigo el corazon. El hombre pues segun la doctrina católica no es naturalmente bueno, porque una mano aleve depositó en su cuerpo y en su espíritu semillas de corrupcion que con el calor de la vida crecen y dan frutos ponzoñosos. La trasgresion de la ley dada al primer hombre turbó la armonía de nuestro sér y las relaciones que nos unian con los demás seres del universo; y junto con la terrible maldicion de Dios airado cayó una lluvia de males que anegó la tierra, convirtiéndola en mansion de lágrimas é infortunio. Ved aquí explicado el origen del mal, segun el dogma católico.

Pero la solucion no fuera completa si no se nos añadiera en seguida que la eterna misericordia de nuestro Dios, sabiamente combinada con su justicia, ocurrió á nuestros males por medio de su unigénito Hijo, que uniéndose á nuestra naturaleza, preparó los caminos de nuestra rehabilitacion. Así que, señores, á la luz del dogma católico comprendo al hombre, y sé darme la razon de lo que antes me parecia absurdo. Sé de donde dimanar mis males, y en donde se encuentra el remedio de todos ellos. En Jesucristo Hombre-Dios leo las causas de mi depravacion, y veo abiertos los caminos que me conducen al perfeccionamiento de mi sér. Aquí aprendo á vencer mis pasiones y á refrenarlas, á moderar mis deseos y á resignarme á las disposiciones de la justa Providencia; pues sé que los males que me afligen son á un tiempo espiacion de una falta, y medio seguro de recuperar con creces en un plazo mas ó menos largo mi primitiva grandeza.

Así pues el catolicismo, señores, para explicar-nos al hombre y sus misterios, la sociedad y sus contradicciones, la historia y sus leyes, no tiene que recurrir á delirios filosóficos reprobados por la razón y el simple buen sentido; y para mejorar y perfeccionar al hombre no apela á utopías perturbadoras ó teorías deletéreas: su sistema es sencillo como la verdad, y poderoso y eficaz como la acción de Dios de quien procede. El catolicismo se dirige á la raíz misma del mal, es decir al individuo, y le reforma según el tipo sublime de la moral evangélica; y reformado el individuo, naturalmente queda reformada la sociedad. La ciencia humana sigue muy diferente camino, pues todos sus planes de reforma, notadlo bien, van dirigidos á la sociedad, nunca al individuo. Y no hablo precisamente de esos sistemas sociales utópicos, como el socialismo por ejemplo, que con solo enunciarlos se refutan; sino de esos otros que pretenden perfeccionar las sociedades concediendo libertad ilimitada á los individuos; lo cual vale tanto como suponer que el hombre es naturalmente bueno, y que las formas sociales le corrompen y depravan. Y esto en el fondo es socialista puro, y encierra un germen que tarde ó temprano se desarrolla. En este caso las doctrinas de Rousseau mas ó menos disfrazadas sirven de premisas; la lógica del tiempo se encarga de deducir las consecuencias.

Ah! señores, os dije el otro día que sin Dios no hay ciencia; hoy concluyo diciendo que sin los misterios de la fe no hay sociedad posible.

CRÓNICA.

Anteayer, día 9, dice una carta de Roma, una numerosa concurrencia llenaba el vasto templo de Jesus situado en la plaza del mismo nombre. Un célebre orador jesuita, el padre Tommasi, subió á la sagrada cátedra, y con la elocuencia calorosa que le distingue empezó á desarrollar el tema de su sermón, demostrando de una manera irrefutable las heregías que entrañan las teorías políticas hoy desgraciadamente tan en boga. El mas religioso silencio reinaba en el templo, y el auditorio estaba como pendiente de los labios del orador, cuando se oyó un *mentis* salido de un grupo de jóvenes que, vestidos con el uniforme de la guardia nacional, ocupaban uno de los ángulos del templo y con aire bravucon y descarado continente habian intentado ya varias veces desde el principio del sermón interrumpir con murmullos al orador.

Algunos jóvenes católicos, indignados á la vista de tal atrevimiento, encarándose con los promovedores del desorden les invitaron á que salieran á la calle y á que repitieran tales insultos. Al propio tiempo que el desorden y la confusión crecían en el templo, discurrían por las calles inmediatas multitud de hombres, que armados con garrotes y revolvers parecían dispuestos á penetrar en la iglesia y dar una lección á los clericales. El superior de los jesuitas mandó cerrar las puertas del templo, pero ¡ni por esas!

Los desalmados, no contentos con gritar y aullar *mueras* á los jesuitas y *vivas* á Garibaldi, empezaron á tirar piedras á las ventanas y puertas del templo. Como es natural, los

vecinos cerraron las de sus casas y hubo corridas y gritos y sustos. A todo esto las autoridades no se mostraban en parte alguna, y la bulla y los gritos de unos y otros iban en aumento. Renunció á pintar el miedo que se apoderó de la multitud que llenaba la iglesia. Por fin, despues de hora y media de angustias mortales y cuando los agresores iban ya á forzar las puertas de la casa de Dios, apareció en la embocadura de la calle de Jesus un piquete de caballería que á galope tendido dispersó á los alborotadores. Las personas que no habian podido salir del templo, y eran las mas, regresaron entonces á sus casas, y por la noche el orden se habia restablecido completamente.

Despues hemos visto que la petición contra los jesuitas no habia llegado á reunir en Roma diez mil firmas, al paso que la contra-petición tenia ya mas de treinta mil, lo cual prueba que los motines no habrán sido muy grandes, pues que la población de Roma quiere y respeta á la Compañía de Jesus.

Todas las noticias de Roma están contestes en afirmar que el pueblo romano se divorcia mas y mas de los enemigos de Pio IX y se esfuerza por dar á su santidad pruebas de adhesión y cariño. Las iglesias están siempre llenas de fieles que van á orar por la libertad del vicario de Cristo, y el fervor religioso llama la atención de los mismos revolucionarios.

Las habitaciones del papa están todos los días llenas de gente, según vemos en los periódicos romanos. El 9 de marzo todos sus empleados del registro, del sello y de la lotería, que se negaron á prestar el juramento exigido por las autoridades piemontesas, fueron á ofrecerle el testimonio de su inviolable lealtad. Pio IX los recibió con su acostumbrada benevolencia y cariño, dirigiéndoles afectuosas palabras y dándoles su bendición. «Vuestra fidelidad y honradez, les dijo, os alcanzarán las bendiciones de Dios, y yo espero que la oración constante y la paciencia cristiana traerán el fin de la presente tribulación.»

Despues el papa pasó á la sala del consistorio, donde habia cerca de 200 personas, romanos y forasteros. A cada uno dirigió afectuosas palabras y oyó é hizo preguntas, dirigiéndoles peticiones luego desde el trono un breve discurso con aquella palabra fácil, viva, afable y cariñosa que él solo tiene.

«Habeis venido, les dijo, á ver al que llaman *el prisionero del Vaticano*; y en verdad lo soy. Podré salir materialmente, pero no podría hacerlo sin ver un espectáculo de aflicción y á toda la ciudad trasformada en cosa muy distinta de lo que era. Cada paso, cada mirada me llenarian de dolor, y no saldré hasta que Dios ponga fin á esta amarga prueba á que ha querido someternos. Vuestras oraciones apresurarán el día.» Añadió otras hermosas palabras y bendijo cordialmente al numeroso concurso.

Otro espectáculo mas conmovedor todavía tuvo lugar en las logias de Rafael, donde en largas filas estaban las pobres sordo-mudas de Términi acompañadas de sus maestras. Una de estas dirigió al papa un tiernísimo mensaje, que una discípula explicaba por señas á sus compañeras. «Si nuestras lenguas pudiesen hablar, decia con la voz la maestra, y la discípula con señas, la primera palabra que saldria de nuestra boca seria salud y gloria á Pio IX, nuestro glorioso pontífice, nuestro constante bienhechor.»

Las pobrecitas manifestaban estos sentimientos con el gesto, con las manos, con la mirada, de tal manera que los ojos de todos los circunstantes y los de Pio IX se llenaron de lágrimas. El papa les dió medallas y otros objetos piadosos, y las dirigió cordiales palabras que eran traducidas por señas por sus maestras, y despues las bendijo. Todos los presentes á este conmovedor espectáculo prorumpieron en un ardiente grito de ¡viva Pio IX! grito que las pobres sordo-mudas no podían oír, pero que con sus ojos llenos de lágrimas, con la expresión de su semblante, con su ademán, expresaban mas elocuentemente que hubieran podido hacerlo con la voz.

Las noticias sobre el resultado de las elecciones para el Reichstadt del imperio germánico atestiguan la intensidad

creciente del movimiento católico en Alemania y especialmente en Prusia.

Todas las grandes poblaciones, Colonia, Aquisgran, Düsseldorf, Krefeld, Essen, Munster, Coblenza, Tréveris, etc., han elegido diputados católicos por una gran mayoría. En Silesia, Prusia Oriental y la Sajonia católica ha sucedido lo mismo. En las nuevas provincias en que los católicos son muchos, han obtenido muy buenos resultados. Así en Wiesbaden ciudad protestante en sus dos terceras partes, el candidato católico ha triunfado gracias á la unanimidad y decisión de los católicos de los pueblos comarcanos. En el gran ducado de Posen y en la Prusia Oriental han triunfado doce polacos que apoyarán á los católicos en todas las cuestiones religiosas, y sobre todo en la del poder temporal del papa.

En la Alemania meridional los resultados no han sido tan buenos, á pesar del catolicismo de Baviera que derrotó al gobierno liberal en las pasadas elecciones. La división del partido católico ha hecho que se pierdan 10 ó 12 candidatos. Han triunfado 20 de 48 que hay, y podían haber triunfado como la vez pasada mas de 30. En Wurtemberg han triunfado tres católicos y en Baden dos. En el Hesse la acción de los católicos ha sido neutralizada por la división especial de los distritos. Sin embargo, el canónigo Mouffang obtuvo 6,000 votos en Maguncia contra 7,800 que logró el candidato progresista: el Sr. Gagern obtuvo 7,000 votos contra el candidato liberal que triunfó por 1,200 votos de mayoría.

A pesar de todo, habrá unos setenta diputados católicos en el Reichstadt. Los conservadores protestantes también han obtenido buenos resultados, todo á costa de los progresistas y nacionales liberales.

En cuanto á la calidad, la representación católica será mas brillante que la de todos los partidos. Basta citar los nombres de los señores de Windhorst, baron de Savigny, Lingens, condes de Schorlemerst, de Loe, de Saurma-Jestch, de Stolberg, de Preysing, príncipe de Löwenstein, Freytag, Greil, Lindau, Mgr de Ketteler, Reichensperger, Mallinkrodt, etc. El célebre canónigo Mouffang, el primer orador de Alemania, será elegido en Prusia en segundas elecciones.

En muchos distritos han sido desechados ó vencidos antiguos diputados católicos, que se habían manifestado transigentes en algunas cuestiones, y sobre todo que no habían sido calurosos é infatigables defensores de la santa sede y del papa.

La posición de los católicos, en suma, será excelente en el primer Reichstadt del imperio alemán. Además tienen esperanzas fundadas de ganar treinta diputados mas, cuando se pongan de acuerdo los católicos de las diversas partes de Alemania y trabajen con arreglo á un plan uniforme.

En Vicksbourg (Estados-Unidos), ha habido una gran reunión para protestar contra la invasión de Roma. La asamblea votó la declaración siguiente: «Por la cautividad del jefe de la Iglesia, todos los católicos están amenazados en su libertad religiosa. Como ciudadanos americanos, podemos exigir de nuestro gobierno que nos proteja en nuestros derechos, violados por el gobierno piemontés.»

En Broocklyn (Estado de Nueva-York), ha habido numerosas asambleas con igual objeto. La protesta de adhesión inviolable al papa ha reunido 150,000 firmas. De la misma manera, ha habido grandes *meetings* católicos en San José (Misuri), Alejandría (Virginia), y Atlanta (Georgia). Todos los consejeros municipales de Manitowac (Wisconsin), han protestado también contra la iniquidad piemontesa.

A las once de la mañana de hoy, dice el *Oriente* de Sevilla del 17, abjurará solemnemente el Pro. D. Antonio Sanchez Meneses en el Sagrario de la santa iglesia catedral los errores que tuvo la desgracia de seguir, reconciliándose con nuestra santa madre la Iglesia católica.

Leemos en un periódico de Zaragoza que dentro de pocos dias recibirán allí el sacramento del bautismo tres mujeres pertenecientes á la secta protestante y convertidas al catolicismo. Segun nos han referido, el acto se hará con la mayor solemnidad posible, siendo su madrina una distinguida señora perteneciente á la aristocracia zaragozana.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

¿Pueden y deben los católicos inmiscuirse como tales en los negocios civiles? He aquí una materia grave y un tanto vidriosa, que trató no obstante con sano criterio y con notable perspicuidad el presbítero D. Rafael Cabrer en su sencilla y fácil improvisación. Sin remontarse á abstracciones filosóficas y sin recurrir á sutiles distinciones, demostró palmariamente como se armonizan los deberes del católico con los del ciudadano, y lo comprobó con ejemplos sacados de la Escritura, y entre otros con el de Daniel, de José hijo de Jacob, y del apóstol san Pablo. De los irrefragables principios que sentó con firmeza, dedujo terminantes consecuencias, aplicándolas á las circunstancias presentes sin ambages pero sin amargura, con prudencia y moderación verdaderamente evangélicas. Probada una vez que era lícita dicha intervencion, evidenció que era laudable, pues indiferente nunca puede serlo; *podemos, luego debemos*, insistió, por los males gravísimos que así se evitan ó remedian y aun por los bienes positivos que de ahí resultan.

Iba á concluir el orador, dirigiendo á nombre del santo del dia, de S. José declarado patron de la Iglesia universal por Pio IX, una patética escitacion á los católicos en favor del atribulado pontífice para obtener por todos los medios conducentes su libertad y la reintegración de sus estados, cuando le interrumpió una violenta detonación que sonó en las contiguas salas semejante á una bomba, llenándose luego el salon de denso humo y olor de pólvora. Nadie apenas salió sin embargo, los mas ni siquiera se levantaron de su asiento, y aplazando curiosas preguntas, prestaron atención al digno sacerdote don Miguel Maura, que tomó la palabra y sin mentar el incidente recomendó la serenidad, fortaleza y perseverancia que en todas sus empresas debe distinguir á los católicos, recordando que la *virtud* en su etimología era sinónima de *valor*. Solo despues de terminada la conferencia se supo que la explosión de un enorme petardo, tirado por alguna mano *benévola* en el tramo superior de la escalera, había desmenuzado los cristales de la vidriera y apagado las luces de gas del zaguán y de la antesala, habiendo podido costar la vida, al que hubiese transitado en el momento, aquella chanza *inocente*, con que se creyó espantar á trescientos hombres como se espanta con un tiro á una bandada de palomas.

Esta noche dará D. Tomas Aguiló su cuarta conferencia sobre la *recíproca influencia de la religion y la literatura*.—El miércoles próximo terminará las suyas en S. Cayetano el Pro. D. Juan Maura con el resumen de las cuatro anteriores.

CONSIDERACIONES SOBRE LAS SIETE PALABRAS QUE HABLO JESUCRISTO EN LA CRUZ, por D. José María Quadrado: tercera edición.—Véndese en la librería de Guasp á tres reales.

Obstáculos imprevistos han impedido dar con este número la 1ª entrega de los ENSAYOS POLÍTICOS del mismo señor Quadrado, que se repartirá á la mayor brevedad.